

ELECTRA

Revista semanal



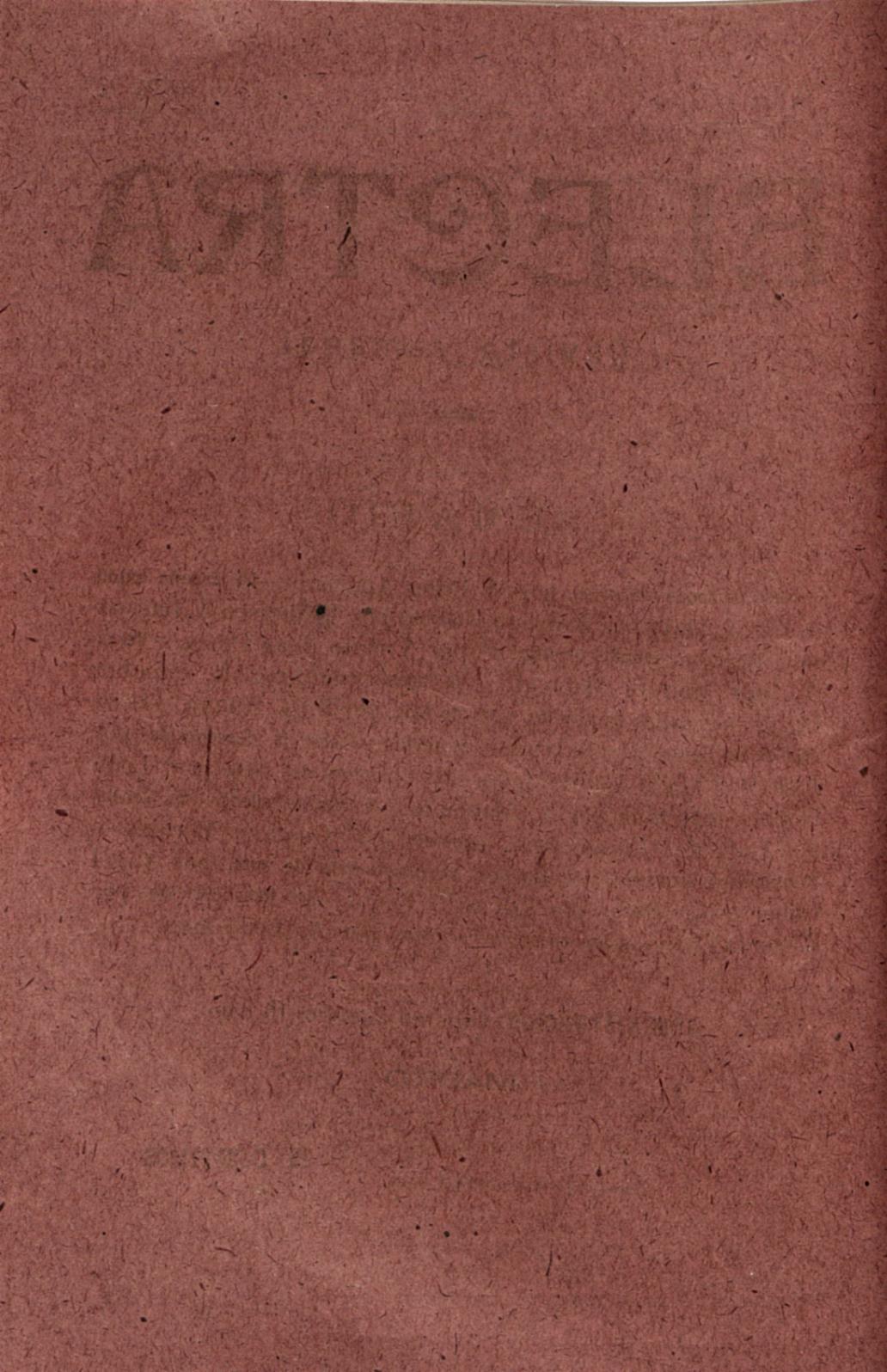
SUMARIO

Las naciones anémicas, por M. Ciges Aparicio.—La España católica, por J. Martínez Ruiz.—Epitalamio, por Francisco Villaespesa.—Los dos creyentes de Hleraim, por Viriato Díaz-Pérez.—Versalles, por Manuel Machado.—La poesía nueva, por R. Sánchez Díaz.—Los poetas de hoy: La vejez de Iais, por S. G. Anaya.—La novela de un burro, por Salvador Rueda.—Iberia la desconocida, por José M. Llanas Aguilaniedo.—La conquista del filete, por León Roch.—Del camino, por A. Machado.—Letras brasileñas: La Gacela, por Luiz de Guimaraens.—Manteia, por Gustavo Morales.—Salutación á Leonardo, por Rubén Darío.—Nota de arte, por Angel Guerra.—Los árabes, por Eduardo Benot.—La Reconciliación, por Ricardo Calvo.—Las cuestiones actuales, por A. Ledesma.

ADMINISTRACIÓN: Calle de Pizarro, 15 bajo

MADRID

15 CENTIMOS



Electra.

AÑO I.

Madrid, 21 de Abril de 1901.

NÚM. 6.

Las naciones anémicas.

Han terminado ya las fiestas de Tolón donde el Presidente de la República francesa y los marinos italianos y españoles han dado patentes muestras de cortesanía, haciendo votos por la prosperidad y concordia de sus respectivos pueblos.

Tocados del contagioso entusiasmo que animaba los discursos inspirados al calor del *champagne*, algunos piensan que España será muy pronto requerida para integrar la alianza latina é intervenir por derecho propio en los destinos del mundo, saliendo así del aislamiento internacional, en que durante tanto tiempo ha vivido. Hasta no ha faltado periódico que al admirar los potentes barcos de la escuadra mandada por el Duque de Génova, haya recordado que el pueblo italiano ha sido pobre como el nuestro, y propone á Italia como ejemplo que España debe imitar, si quiere verse fuerte y respetada.

Cierto que eso de vivir aislados es tan pernicioso á los pueblos como á los individuos; pues nacidos para hacer la vida de relación, la quietud y el aislamiento los atrofia y mata. Pero no basta para lanzarse en las aventuras del mundo una buena voluntad ni siquiera 300.000 soldados, 300 cañones y algunas docenas de barcos; porque siendo el dinero el principal nervio de las guerras modernas, lo menos que se ha de menester para influir patentemente en el exterior es que la nación sea lo bastante rica para suministrar sin mortal quebranto los recursos necesarios y no desfallecer al comienzo de la áspera jornada, en la que todo un pueblo va á exponer su suerte.

¿Y está en semejante situación España? Ni siquiera Italia, á pesar de su mayor boato. Bien lo proclama la terrible crisis económica que á las dos devora.

Si se despoja á la península itálica de su ropaje oficial y suntuoso, muy adecuado al pueblo que quisiera heredar y continuar las viejas glorias de la Roma augusta, solo queda la Italia hambrienta que se yergue ingente vestida de harapos y pidiendo pan.

Que lo digan sino aquellos millares de trabajadores, que como manadas famélicas de lobos asaltaban el año pasado las calles y tahnas de Milán y Montelanico ahullando «pan y trabajo!» hasta que las bocas más feroces de los fusiles les contestaban con rugidos

de muerte y desolación. Que digan si Italia es rica y poderosa los miserables que hace pocas semanas escribían en la *Stampa* estas palabras que suenan á lamento:—«Trabajaremos hasta de noche, si es preciso; nos contentaremos con *quattro soldi* (veinte céntimos!); pero que se nos den los medios de llevar á nuestras familias el pedazo de pan indispensable para no morir de hambre».

Que interroguen también sobre el estado floreciente de Italia á esos propietarios, que en la imposibilidad de pagar á los recaudadores de la contribución les dicen: «Cortar nuestros olivos y vender la madera. Estamos arruinados.»

Un pueblo donde el hambre aumenta de día en día, dilatándose por los campos é invadiendo las ciudades, no está habilitado para la guerra: bastante hará si consigue reponer lentamente sus fuerzas agotadas por los ayunos inveterados; porque si en mal hora se le ocurre intentar cualquier empresa caballeresca, no faltará un Menelick que se encargue de hacerle trizas el ejército, imagen de la patria: apuesta y gentil por fuera, desalentada por dentro.

¿Y qué decir de España donde la crisis económica reviste más graves caracteres? Las huelgas que se suceden, las fábricas que se cierran, los conflictos de Jerez y los incendios de Motril, ¿no están pregonando que antes de interesarnos por los conflictos que en otras partes del mundo ocurran urge poner remedio á los nuestros?

En último análisis: todas esas cábalas cancellerescas, alianzas dobles y triples, celos de potencias; guerras del Transvaal, de China y de Filipinas, no responden, si bien se mira, más que á una causa puramente económica: la necesidad que los países ricos sienten de dar salida al exceso de producción, y como secuela precisa, la ventaja de asegurarse mercados propios para evitar la cruda competencia de los otros pueblos.

Desgraciadamente, ni somos nosotros tan laboriosos que satisficamos todas las necesidades aún nos queden productos para lanzarlos al mercado universal, ni tan ricos que nuestros ahorros deban distraerse en la construcción de barcos y fusiles para que asociados á la doble ó la triple alianza nos conquisten puertos y plazas en Africa ó en el Extremo Oriente.

Puesto que igual se muere de anemia que de plétora, dejemos que las naciones plétóricas busquen la manera de expulsar la sangre que les sobra, y consagrémonos por ahora los españoles á vigorizar la nuestra, que hartó lo ha de menester.

Y sobre todo, que no se nos ocurra imitar la falaz grandeza de Italia, semejante á sus viejos Césares: púrpura y majestad por fuera, cáncer hediondo por dentro.

M. Giges Aparicio.

La España católica.

Primus in orbe Deus fecit timor.

El sacerdote, ante el altar, murmura: *Deus in adiutorium meum intende...* Y los fieles, en levisimo persistente rezongeo, rezan con tritos y fervorosos en la diminuta iglesia. Fuera, el vendaval barre las calles. El sol ilumina á intervalos las blancas paredes de cal enjalbegadas. Las campanas tocan. A lo lejos, por la empinada rampa de una calleja, las manchas negras de las devotas arrebujaadas en sus flotadoras mantellinas, avanzan...

Considera en este paso—á Cristo redentor nuestro—que después de escarnecido—escupido y azotado—sale sentenciado á muerte—del pretorio de Pilatos,—y va á morir por tu amor—en lo alto del Calvario.

La muchedumbre, de pilar en pilar, de paso en paso, sigue al clérigo que relata en plácida salmodia la cruenta tragedia. Las luces de los acólitos, inciertas y temblorosas, dibujan sobre los grises muros la silueta monstruosa del Cristo que el sacerdote lleva en sus manos. De cuando en cuando la puerta del templo se abre, y las profundas tinieblas son rasgadas por un relámpago de viva y cegadora luz solar. El viento ruge á lo largo de la inmensa llanura de negruzcos barbechos y verdes sembraduras. En la lejanía del horizonte, pardas lomas perfilan en el intenso azul la silueta de sus picachos y altibajos.

Cristo es despojado de la túnica y clavado en la cruz. Cristo expira. Y un formidable lamento, hondo gemido vibrador y doliente, se escapa de todos los pechos y llena la reducida iglesia. De la iglesia sale á la calle y parece que se extiende un momento por la gran ciudad estática y sombría. Las mujeres, perdida la cara en la negrura de sus mantos, sollozan; y los hombres, enfundados en sus pardos gabanes de labriegos, bajan taciturnos la cabeza. La angustiosa tristeza de este trágico catolicismo español, flota en el aire. Teodicea atormentadora la nuestra, ha marcado su huella en los hombres, en los pueblos y en el arte. Todo es adusto y sórdido; todo es rutinario y dogmático. Abrumada por su leyenda, perezosa, infecunda, duerme la España católica, predilecta hija de los papas, en sus llanos desolados y en sus poblachones hórridos.

Los últimos resplandores del crepúsculo inflaman con sus tintes carminosos el horizonte. La ciudad, el llano y las distantes montañas van sumiéndose poco á poco en la sombra. Reinan las tinieblas.

J. Martínez Ruiz.

Epitalamio.

A las luces espectrales de las pálidas auroras,
recitando misteriosas letanías,
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías
de las Horas.

Enlazadas de las manos cruzan lentas
cual fantasmas sepulcrales que caminan al osario.
Gime el viento entre los pliegues de sus túnicas sangrientas.
Lanza el buho en los cipreses la agonía de su canto funerario.

Doblan roncadas las campanas en su cárcel de granito,
y á sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,
la cadena de fantasmas en el gris de lo infinito,
en las ténues palídeces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido,
una virgen que piadosa, con las manos enlazadas, mira al cielo.
Con jazmines y con nieve los ensueños candorosos han tejido
la blancura deslumbrante de su túnica y su velo.

De sus lánguidas pupilas la purpúrea luz evoca
el incendio del crepúsculo que ensangrienta los rosales,
y la sangre que enrojece los claveles de su boca
canta el triunfo de las rosas en los tálamos nupciales.

Al mirarme solo y triste, con la cruz de mis dolores
en la cumbre del olvido,
la Hora Blanca se aproxima... Me sostiene entre sus brazos, y á mi oído
canta el dulce Epitalamio de sus líricos amores.

En mis brazos de su carne siento el peso...
Nuestros cuerpos funde el lazo
de un abrazo...
Nuestras almas liga un beso...

Fué un instante. Nuevamente se acercaron las simbólicas Teorías,
y á su hermana fugitiva silenciosas arrastraron en su rápida cadena,
y bebiendo con mis lágrimas la amargura de mi pena,
vi los pliegues de su túnica esfumarse entre las sombras de confusas leja-
[nias.

ENVÍO

¡Oh, Princesa, junto al Príncipe soñado, toda blanca y ruborosa,
te arrodillas en el templo... Muere Cristo en el altar...
Yo te mando, como ofrenda, mi poesía. . Mariposa
de alas negras, desde el fondo de mi alma luctuosa
vuela en busca de la nieve de tu ramo de azáhar!

Francisco Villaespesa.

Los dos creyentes de Hieraim.

Y cuando ores, no serás como los hipócritas; porque gustan de ponerse á orar de pie en las congregaciones, y en las esquinas de las plazas, para mostrarse á los hombres... Mas tu, cuando ores, entra en tu aposento, y, bien cerrada tu puerta, ora á tu Padre que está en lo oculto...

(MATEO VI, 5-6.)

Si no deseáis su reino, no le pedáis en vuestros rezos. Mas si le deseáis, es preciso que roguéis por su adquisición, es preciso que trabajéis por él.

(RUSKIN. La corona del olivo. Silvestre. *El Trabajo.*)

I

Había una vez un hombre muy bueno, cerca de las tierras de Hieraim, que decía parábolas y sabía curar á los enfermos.

Y vivía en una choza en lo alto, en donde están hoy las cuevas del Entierro, y no bajaba á donde las gentes, ni por alimentos porque sabía buscarlos en el campo.

Y sucedió que un día los hombres religiosos de la ciudad descubrieron que el pobre de la choza enseñaba oraciones distintas de las suyas. Y aun algunos le oyeron censura contra los ricos que rogaban por «el pan nuestro de cada día» mientras se fallecía de hambre en las calles...

Y también le oyeron que no decía: «tu reino venga á nos» como ellos, sino: «yo haré, Señor, por acercarme á sus puertas.»

Pero como todas estas oraciones eran extrañas para los hombres religiosos de Hieraim, difamaron contra él... Y subieron gentes á poner aflicción en las puertas de la choza.

Mas el viejo tenía paz de espí-

ritu y rodeábale el aura de sus hechos, porque su vida, que había recordado, no la encontró manchada... Y entre sus recuerdos flotaban las obras justas como los nenúfares en el estanque...

Mas de su boca no volvió á salir sin embargo, predicación alguna para los que se le acercaban, porque tenía que sus dichos, faesen dichos de división y de discordia.

Pero cuando en el silencio de la noche los desvelos aleteaban sobre él y se oían los aullidos lejanos de las fieras, desde el fondo de su espíritu se elevaban estremecimientos y en su mente latía compasión infinita...

II

Y he aquí, que cierto día llegóse uno de los servidores del templo que le era enviado por los escribas. Y el servidor del templo habló de las cosas del reino de Dios y su boca vertió sátira para los descreídos y derramó ponzoña para «los que abandonaban el camino» y para los orgullosos y para los osados...

Mas el viejo de la choza le habló de la caridad sin esperanza de premio, de la bondad verdadera é intensa, de la bondad ignorada por todos. Y le habló de la desgracia cuando persigue al hombre. Y le dijo que si la vida era grande era por el dolor... Y le dijo que había ideas intensísimas y eternas como el mundo, y le habló de la Justicia. Después le dejó que leyera sus *Meditaciones*, un pequeño texto escrito

en arameo sobre hojas de palma.

III

Y en aquella misma luna, una tarde en que el pobre de Hieraim miraba la tierra á lo lejos, apocósele el ánimo y retiróse. Y llegada que fué la noche, murió. Sin lágrimas por su soledad y con amargura por otros mundos, murió.

Y como un caminante llevara la noticia de la muerte á Hieraim y la supiera el enviado de los hombres del templo, llegóse de noche á donde el viejo y le cerró los ojos... Y lloró sobre sus restos hasta que cantó el gallo. Luego salió y cabó una fosa. Y mientras el alba comenzaba á clarear por entre las palmeras, condujo allí al pobre envuelto en su manto y le sepultó.

Y ya marchaba cuando vie-

ron sus ojos los escritos de la *Meditación* esparcidos sobre la tierra desde la choza hasta la sepultura y pisados por él durante la noche...

Y recogióles, poniendo en ellos orden, hasta que se leían bien los títulos grandes que decían: *Meditación*. Después cabó fosa muy profunda y en lo más hondo les enterró; porque no era conveniente que las gentes de Hieraim supieran que podía orarse «á solas y bien cerrada la puerta.»

Y como faltara ya muy poco para la oración de la mañana que se celebraba en Hieraim al salir el sol, limpió sus manos, arregló bien su túnica y marchó, apresurándose para no perder las primeras ceremonias de los phariseos.

Viriato Díaz-Pérez.

Versailles.

Cogí una hoja seca
del parque, y entré en el Trianón
con ella en la mano;
la hoja
de verde vistió.
«¡Los reyes, los reyes!» gritaron
mil veces; sonaron
los ecos de marcha real
y las alabardas el suelo tocaron;
Luis con su corte surgió en el umbral.

¡Luis! ¡sol! ¡Rey triunfante!....
Sus ojos tendieron la noble mirada
á todas sus gentes:
los nobles valientes,
las damas galantes,
los inteligentes
y los elegantes...
pelucas rizadas.

Copian cornucopias
gracias exquisitas,
y las damiselas
y las princesitas
platican de amores
(de intrigas de amor),
cuando las envuelve

la ola de galanes,
y entre brocales, y madapolanes
pasan y se alejan
sonido y color.
De seda crugiente y encajes,
del parque bordando el ramaje,
se extienden los lienzos
del fino Watteau.

Mas llegó la tarde;
de los galanteos
y los discreteos, apaga el rumor,
la hora tranquila de los camafeos.
Galanes y damas
se hablan al oído
lágrimas sin causa, suspiro perdido,
elegante pena,
galante dolor.

El cielo, en celajes
cortado, parece de encajes,
y el sol que se acuesta en la porcelana
de unas nubes grana,
galán á la Luna
el campo cedió.

Manuel Machado.

Poesía nueva.

Cuando el bárbaro «ganarás el pan con el sudor de tu frente» me echa por esos mundos de Dios en busca de la comida miserable, mi espíritu halla una gran recompensa al faltarle los libros, en la fiebre loca de las fábricas y del movimiento. La gran poesía, la poesía viva, nerviosa, la brava poesía de las fábricas estruendosas y llamantes, me coge los vestidos y voltea mi alma por las naves de hierro caldeadas, polvorientas y luminosas...

Es mi libro magnífico, el libro que debiera estudiar esta humanidad enloquecida con esperanzas histéricas. Porque es el libro que enseña el bien, es el libro que acaba con los odios, con el miedo, con el hambre feroz... Yo veo en todo él una literatura nueva, grande, viril, retórica de fuerza y de vida. Cada martillazo es una frase de hombre que rompe y transforma, cada resoplido del vapor una idea que estalla, cada llamarada del horno una luz que ilumina mil razones.

Reflexionando en mi visita á la fábrica, atraído á ella por el poder sugestivo de su movimiento y de su vida sobre mi alma ansiosa; pensando muchas veces, repito, allí dentro, junto á las bocazas de los hornos quemadores, y bajo el estallido de sus máquinas reductoras, he dicho con rabia y sentido con fuerza: «esta gente debiera matar con sus martillos á todo el que no trabaja»... Y la oda, la epopeya de todos los ruidos, de todas las llamas, de todos los movimientos, de todas las fiebres, ha sonado con perfecta claridad en mis oídos, marcando el ritmo grandioso de sus versos levantadores: «¡A trabajar, á trabajar! Es un cobarde, es un ladrón, es un hijo de madre perversa, el holgazán que se tumba!»...

Pero esa injusticia incomprensible—que hace ateos y descreídos,—de la distribución de capital, esa injusticia bárbara, este orden de cosas en cuestión de dinero, castra energías, voluntades, ideas de producción... La propiedad es demasiado absoluta, vá más allá de la muerte todavía, y eso que estamos en el siglo de la libertad y casi del anarquismo. Mi casa es mía, y al morirme *quiero* que mis herederos no la vendan en cincuenta años. ¡Una ley de brutos, de tiranos, de verdaderos asnos, me deja ser dueño de mi casa, cincuenta años después de mi muerte... ¡Pues así todo! ¿se puede hacer un mundo grande, se puede llegar á la igualdad por el trabajo, dentro de unos moldes tan estrechos, dentro de unas ideas tan mezquinas?

Es necesario que los nuevos escritores, que los nuevos poetas, se inspiren en las estrofas, en el ritmo grandioso que suena en las afueras de la ciudad. Es necesario azuzar al dinero que se esconde cobarde en los bancos inútiles... Es necesario atacar al capital dormido y quieto, con toda la fuerza de nuestra alma, insultándole, persiguiéndole. Nuestras estrofas á su cobardía, deben ser como puñaladas, y nuestros himnos á su valor, á su trabajo, á su ansia de producir, como marcha estremecedora de paz y de nobleza...

Ahora mismo está entusiasmada la gente, en especialidad á lo largo de la costa cantábrica, sobre la que van viniendo con lenti-

tud la vida nueva de Europa y Norte América; ahora mismo están entusiasmados todos con esa creación de Bancos y sociedades de crédito. Pues no, esa es otra forma viciosa del capital; esa es otra manera de usura que atrasa en vez de crear. ¿Qué ventajas ofrece al que tiene ideas y no tiene dinero? Mi espíritu trabajador, que cada vez que voltea por las raves de hierro de una fábrica siente impulsos de crear y de producir; mi espíritu que me golpea en el cerebro, excitándole á las ideas de levantar hornos, de abrir mercados, de pensar noche y día en la labor bien organizada de mil obreros, me ha lanzado más de una vez en busca de dinero para el trabajo. ¿Los bancos?—Y V., ¿quién es V. me han dicho?—¿Los particulares, llenos de oro heredado ó traído de América? Nosotros no entendemos de eso, y además si no produce más que el 30 por 100 es un negocio muy mediano...—Traiga V. firmas que le garanticen ó deje en depósito papel del Estado por esa cantidad que solicita,—han dicho los primeros.—Y nosotros, ¿de qué nos cobramos si no dan resultado sus ideas?—han dicho los segundos. ¿Y para eso se crean esas grandes sociedades de crédito que no protejen más que al millonario y que miran con desprecio al que va á proponer negocios, si es un simple ciudadano que piensa y quiere trabajar?

Esos bancos, es como todo el dinero, como todo el capital. Cierren el paso, acorralan, muerden, sentencian á muerte, matan corazonces á puñaladas de egoísmo y de leyes injustas, sacan con sus uñazas cerebros que querían producir, y les roban las ideas.

Es una lucha desigual que condena á la muerte, ó que excita á la rebelión. Una parte de la Humanidad quiere emanciparse y no se la deja.—Mire usted que traigo esta idea, que estoy cansado de trabajar para otros, que usted poniendo sus cuartos y yo mi saber en ese negocio, ganaremos los dos y yo tendré la independencia á que tengo derecho por mi terquedad en el trabajo. ¡Pues nada! El dinero me vuelve la espalda, yo mato mi gran idea salvadora y los beneficios para el mundo que marcha se pierden retrasándole.

Pobres de bolsillo que estudiáis, almas grandes que pensáis en regenerar, corazones esperanzados que tenéis una perpetua ansia de mejorar... ¡el paso está cerrado para vosotros! Si sentís como yo la grandeza del poema épico que vibra al otro lado de las paredes ennegrecidas y surge en vuestro cerebro la idea de una nueva empresa de trabajo, torturándonos el alma con la esperanza nerviosa de alcanzar algún día vuestro deseo, empezad á trabajar desde ahora en romper el cerco. ¡Fuera esas leyes que acorralan al pobre! ¿Quiero trabajar, engrandecerme? Pues que me dejen y que me den elementos.

La poesía nueva, la poesía de los poetas de veras, de los poetas viriles que levantan un mundo más justo, más fraternal y más grande que este de odios y de egoísmos de lobo, ha de romper con los fuertes martillazos de sus versos robustos, las paredes que cierran el paso á los que llevamos ideas y no tenemos dinero...

R. Sánchez Díaz.

La vejez de Lais.

Lais está triste y bebe.

Ya no es aquella triunfadora hetaira
que fatigó los lechos de Corinto,
las copas de oro y las ardientes almas.

Ya no viste de púrpuras sidonias,
ni anilla de zafiros y esmeraldas
los arranques harmónicos
de sus piernas de estatua.

Ya no derrama en sus cabellos cáncamo,
ni hay en sus labios embriagueces lánguidas.
ni en sus pupilas brillantes igneas,
ni en sus caderas redondeces de ánfora.

Ya no es la ardiente y lúbrica
combatidora del placer, amada
de los que al beso del color la copian
y al ritmo del pentámetro la cantan.

Lais está triste y bebe

l borde de una senda solitaria.
Cubre sus miembros pálidos,
las fimbrias desfloradas,
amarillenta túnica.

irón de venturosas añoranzas....

Caído y roto el pelo....
sin broches las sandalias.

Lais está triste y bebe

l borde de la senda solitaria,
quiere, en el agrio vino,
los recuerdos ahogar de su desgracia.

El hambre la consume
y á su grito mortal, con torvas ansias,
acecha al caminante,
ahullando como el lobo en la montaña...

Por el sendero, ante su vista, cruzan,
cargados de lícores y viandas,
tornando del bazar, nubios esclavos
y gentiles esclavas.

A todos brinda amores,
con arrullante voz á todos llama,
y la que holló triunfantes satrapías,
y á millones contó minas y dracmas,
por un cesto de dátiles se entrega,
por un odre de vino se rebaja!

Era al caer la tarde;

brillante y perfumada
primavera, los campos florecía
y el nimbo del crepúsculo, irradiaba
con toques de oro entre las hojas verdes
y como fuego entre las rosas blancas.

Al aire el busto pálido,
la túnica a los muslos arrollada,
con languidez de anemia,
Lais se abandona á las campestres auras.

Un desce infinito,
tristeza de venturas ignoradas,
como brisa pletórica de efluvios,
orea los ensueños de su alma.
Un vago misticismo la conmueve,
en una onda de luz el sol la baña,
tiemblan sus senos lánguidos
y el llanto moja sus pupilas garzas.

Recuerda tristemente,
lós alegres amores de su infancia,
sus dulces compañeras,
su humilde cuna y su risueña patria,
y aquella tarde iridescente y fulgida,
en que, al hombro la crátera romana,
la vió Apelles, tornando del arroyo,
virgen de amor, espléndida y gallarda.

Trunco piar de pájaros pequeños
oye; los ojos alza
y sorprende, gozosa,
grato idilio de amor en la enramada.
Una ilusión de juventud serena
le inunda y le embriaga
y entorna las pupilas
y abre el mudo sagrario de su alma...
Pero un esclavo de facciones rudas,
por el sendero avanza,
y las palomas de sus sueños huyen
y el tibio sol de su ilusión se apaga.

Como un león, sacude fieramente
la rubia cabellera destrenzada,
el llanto seca en el gastado peplo,
se anuda las sandalias,
y sale á recibir al caminante
con languidez de hetaira,
arrastrando tras sí la vieja túnica...
¡girón de sus venturas desfloradas!

Salvador GONZALEZ ANAYA.

La novela de un burro.

Todavía no contaba yo los catorce cumplidos y ni por casualidad habían visto mis ojos un alfabeto, cuando ya sabía leer de corrido en varias cosas: por ejemplo, en las hojas de un árbol, en la página movable de una fuente, en el brillante fondo de un crepúsculo.

¡Qué educación tan extraña la que me tocó en suerte! Aprendí «administración», de las hormigas; «anatomía», desollando, con evidente crueldad, á las lagartijas; «historia natural», admirando el vestido de los insectos; «astronomía», mirando, en arrobos inefables, las estrellas; «náutica», cruzando á nado grandes distancias del mar que rompe en mi país; «antropología», visitando las grutas en persecución de las águilas; «música», oyendo los aguaceros; «escultura», buscando parecido á los seres en las líneas de las rocas; «color», en la luz; «poesía», en toda la naturaleza.

Efecto de mi perpetua soledad en frente de árboles, ríos, mares y montañas, llegué á tener amores, á los catorce años, con todas las mariposas que deslumbraban mis ojos; con todas las fuentes, que me daban, de balde, su música, y con todas las lejanías del cielo, que se vestían de púrpura para morir.

Pues bien; en estas condiciones, yo tenía un burro. Un burro retozón, inquieto, vivo, flexible de remos y de «voluntad». Conocía yo á maravilla sus gustos, que eran no trabajar y andar de cañada en ladera tras de los bue-

nos y abundantes pastos. Cuando de un brinco me montaba en los lomos del burro, él ponía en ejecución los compases más armoniosos de su paso é iba orgulloso de mí como un gran elefante que condujera sobre el enorme dorso á un rey oriental. Yo le buscaba yerba, le llevaba á beber en las pozas más claras, le guarecía en verano del sol metiéndole bajo las higueras cargadas de cigarras, le soleaba en invierno buscándole los sitios más abrigados del aire.

El excitante de un terrón de azúcar, de un pedazo de pan, de un manajo desaludables espigas, le hacían acudir á mi llamamiento y hasta lamerme las manos. Con este trato compasivo, el burro brillaba como una joya: su pelo era de seda; su agilidad extremada; su «entendimiento» casi humano, pues había aprendido á ser trapacero, ladrón, malicioso y más cosas propias de la especie; me tenía «agradecimiento», pero no «respeto», y de ahí que me jugase muchas malas pasadas. Mi rocín era el más notable de todos los rocines del pueblo.

Pues esta alhaja en clase de burros, este mimado animal, llegó un día en que, en mi casa, en mi pobre casa, hubo necesidad de venderlo. ¡Qué tristes parecieron quedarse los campos sin sus juegos desatentados y locos! Yo no sabía qué hacerme durante los primeros días, en la sublime soledad de mis montañas, sin aquel bruto á quien cuidar y á quien coger los más frescos haces de yerba. ¿Dónde habría ido á pa-

rar? Ni siquiera quise saber quién había adquirido aquella bestia criada por mí en las praderas verdes y hermosas. ¡Pobre *Caroto!*

Pasó el tiempo. Mi padre decidió echarme á arriero, determinóse á lanzarme á esa vida horrible en que se lucha con las bestias y, además de con las bestias, con todas las contrariedades del mundo.

—Vete preparando, porque pronto tendrás que echarte á la carretera—dijome mi padre; y me quedé reflexionando en que no necesitaba aprobar muchas asignaturas para aparejar una bestia, echarle encima dos «tercios de cajas de pasas», clavarme la vara en el cinto, y decir: *¡Jaurre, burro!*

Adios mis religiosos y profundos amores con la naturaleza; adios mi perpetuo sonambulismo de poeta-niño, embelesado ante las sangrientas agonías del sol, ante las líneas fantásticas de las cordilleras, ante los cañaverales que sonaban como las flautas de un idilio, ante los hilos de las arañas tramados como redes de luz, ante el misterio indescriptible de los nidos, de los olivos en flor, de las fuentes con su rezumar músico y sonoro, de las cuencas llenas de lobregueces y de miedos... ¡Adios á todo, porque de la obra de mi vida había acabado el acto de exposición é iba á comenzar el del drama!

Llegó el día en que me armé arriero andante, y muy antes de que viniese el alba, ya tenía yo puestas á la vereda las caballerías que, á la sazón, había en la cuadra, cada una de ellas con sus ocho cajas á los lomos y dis-

puesta á salvar las cuatro leguas que había desde mi aldea á la por mí nunca jamás vista Málaga.

Era aquella salida el primer vistazo que yo iba á dar al mundo, la primera vez que iba á asomarme al panorama de lo espléndido y lo vario, y mi corazón daba porrazos como campana echada á vuelo, por la emoción de tantas maravillas.

Acostumbrado á no separarme de mi aldea, á pasar los años haciendo vida de embelesamiento y de contemplación, y recibiendo en el alma, como en una esponja abierta, todos los sagrados misterios de la tierra, yo no sabía que era el mundo, que era el comercio de los hombres, que eran una máquina, un vehículo, un palacio, un inmenso cuadro de seres.

Pronto iba á descorrerse la cortina, pronto iba á rasgarse el telón maravilloso para que cayeran mis ojos sobre tantos prodigios.

Batieron las bestias con los cascos el suelo, me despedí de mi madre que lloraba y de mi padre que me daba ánimos, de mis hermanos pequeños que me decían con voces de ángeles:

—¿Qué me vas á traer?

—¿Y á mí?

—¿Y á mí?

—A mí, pan blanco.

—A mí, un sombrero.

—A mí, una guitarra.

Esto me decían y partí.

Partí palpando con pies y manos las piedras puestas de punta de los caminos, pues era aún de noche; dejándome túrdigas de los dedos en las breñas, cabellos en las zarzas, sangre de mi cuer-